
A La Señorita Isabel Ruremonde

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9250

Título: A La Señorita Isabel Ruremonde

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Poema

Editor: Brian

Fecha de creación: 21 de septiembre de 2026

Fecha de modificación: 21 de septiembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

A La Señorita Isabel Ruremonde

Cogiéndome las manos, me decía a menudo: —Ven
ga, amigo mío, ya sabe cuánto le queremos. ¡Ha sido
usted tan bueno con nuestra pobre enferma!

Pálida, débil, vestida siempre de heliotropo de
que era el claro perfume, un poco triste, aun en los días
que fueron menos severos para su enfermedad, su al-
ma se perdió en una corta vida que ella misma —¡oh
pobre criatura!— agostó deliciosamente.

Fue largo tiempo desconocido el mal que la aque-
jaba: —¿Sufres, mi hija? ¿qué sientes, querida mía?
—Nada, mamá. —Y, no obstante, bien visible era
su delgadez, y bien se notaba que mentía, la enferma
señorita.

En Niza, cuando la estación enfriaba los teatros y
en el aire cálido eran los pañuelos más suaves en las
bocas, su plácida agonía se acentuaba más, la dañaba
ser vista, quería estar sola; —ya de lejos para no aver-
gonzar a la señorita, bajó los profusos encajes que as-

cendían a ratos, sus piernas tan delgadas llevaban consigo, como una promesa asaz melancólica, la sonrisa de los caballeros.

¡Señorita, señorita! qué motivo de pena iba a ser usted para su familia!

Velaba solo, en la luz de la lámpara cariñosamente descendida.

Me había acercado en silencio. ¡Oh, sí, muy enferma estaba! Blancas las mejillas, los labios ya sin bondad, los ojos puros aún, en que la abusada agonía de muchos momentos había fijado una a una —como violetas de amor— imperceptibles desgracias.

Señorita imprudente —repito— ¿es perdonable que hiciera usted tan poco caso de la vida?

—¿Es usted, amigo mío? —Sí, querida soy yo.

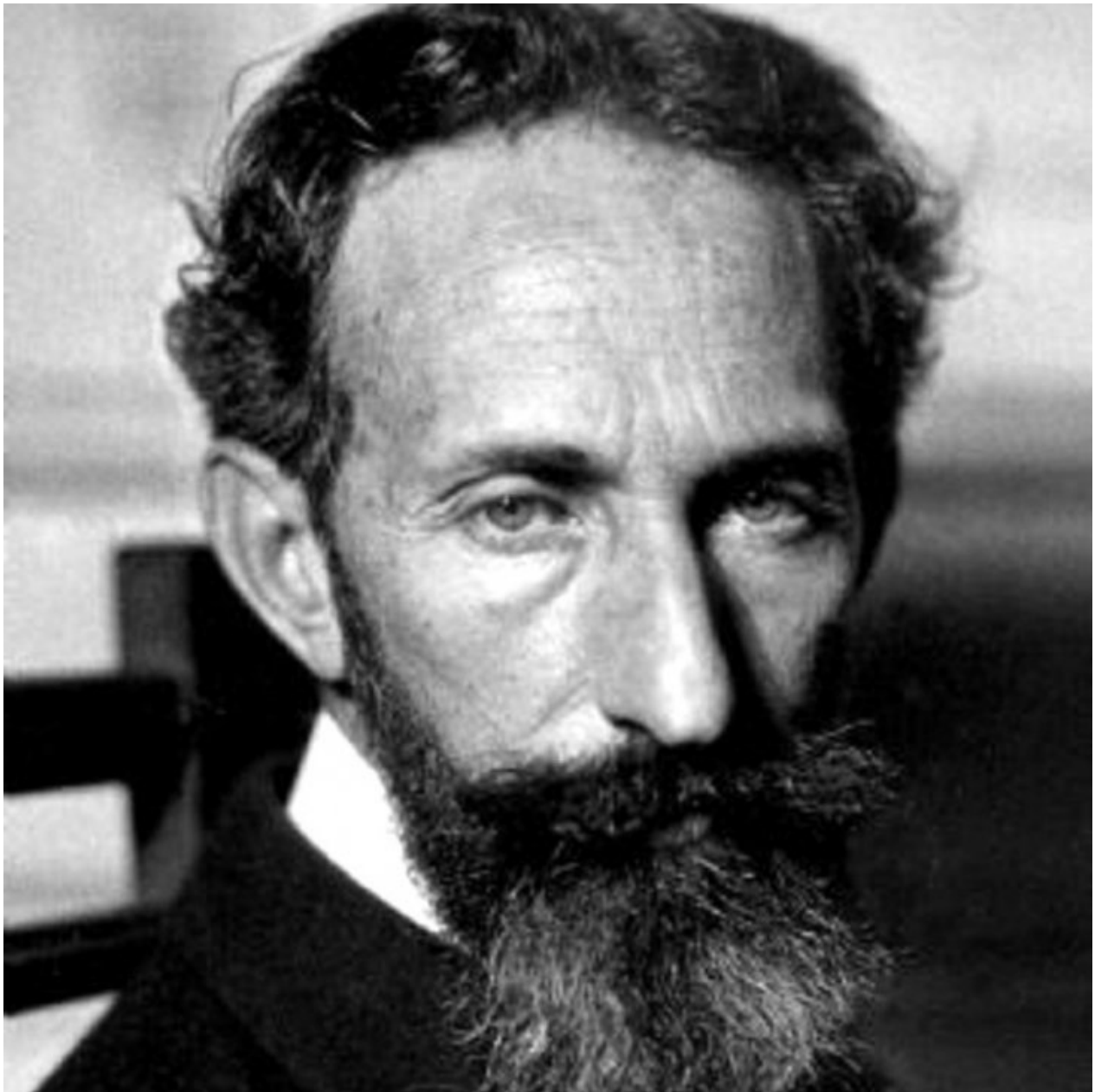
Y como era ya hora propicia, extendí el vaso hacia su sensible boca.

—Pero —me dijo sonriéndome dolorosamente— mis manos...

—¡Ah, es verdad! —Y acariciando casi para no lastimarla, la ancha pulsera de oro que las unía sobre los almohadones, desprendí sus manos, manos queri-

das y culpables, manos malas, que el médico mandó sujetar a fin de que no martirizaran más a la pobre niña.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)